

Adolescents dans la violence
PIERRE KAMMERER

Ed. GALLIMARD
FRANCIA (2000)

KAMMERER PIERRE - ADOLESCENTES EN LA VIOLENCIA

El acto de violencia viene precisamente al lugar de las palabras que carecemos. Pensar la violencia significa, a la vez, pensar los orígenes de la violencia fundamental, la que se acerca más al instinto de vida, y pensar las condiciones ambientales necesarias para que ésta no estalle o permanezca entre límites aceptables. No tanto para erradicarla sino en nombre de la deuda de vida que las generaciones se transmiten: la de haber humanizado la vida que no se reduce a la vida biológica.

DE LA VIOLENCIA AL PENSAMIENTO

De dónde proviene la violencia que habita a ciertos adolescentes? Qué disfunciones psíquicas los condena a ella? Y desde qué historia relacional ella se les ha impuesto como último recurso? Estos adolescentes requieren métodos de socialización excepcionales o bien de cuidados psíquicos particulares? Si su organización psíquica permanece inacabada, por medio de qué relaciones inéditas se les permitirá concluiras?

Acercarse a la personalidad de estos adolescentes, varones y mujeres, lleva a pensar inevitablemente en los padres que han tenido, en los padres que deberían haber tenido, en los padres que ellos podrían aún encontrar (la palabra "padre" recubre significaciones más numerosas que lo que podría creerse)

Están los **padres biológicos**. No han tenido más que el rol de engendrarlos. No es simple escribir su historia cuando el origen de su vida se representa a partir de relaciones sexuales azarosas seguidas de una procreación poco responsable. Particularmente cuando el cuerpo transformado por la pubertad invita a relaciones sexuales potencialmente fecundas. El sujeto puede entonces temer o esperar la repetición de la historia de su propio nacimiento. Están los **padres de la realidad**. Mientras han podido, estos se han hecho cargo de la deuda de vida contraída en la concepción de su hijo.

Están igualmente las **imágenes parentales**. Desde el interior de ellos mismos, éstas organizan el funcionamiento psíquico que los conducirá a la violencia. Estas imágenes internas han sido heredadas interpretando, interiorizando o incorporando los hechos y gestos de sus padres. Estos han podido nutrirlos de una libido vivificante o, por el contrario, invadirlos con su propia morbosidad. Han podido también encadenar su imaginario de niño al de generaciones anteriores: cuando éstas han vivido graves traumas y cargado fantasmas demasiado mortíferos, la vida donada no aparecerá vivible más que al precio de reparar la historia de los ancestros. Es generalmente en la adolescencia que ellos pueden desprenderse de este mandato brutal e inconsciente. Y tal vez en la violencia, experimentan esta urgencia vital.

Están también aquellos que han podido y pueden ser todavía **postos parentales**: miembros de la familia, médicos, educadores, animadores, jueces de niños, siempre que ellos hayan dado la impresión de saber algo respecto de las preguntas que los atormentan. Es también a través de ellos que el sujeto habrá construido sus imágenes internas de padre y de madre. Es a partir de estas imágenes que estos adolescentes se transformarán en sus propios padres y madres. En el presente, padre y madre internos comandan su destino.

Además, están las **figuras parentales**. Son los hombres y mujeres que los adolescentes interpelan porque esperan secretamente encontrar cerca de ellos un poco de las funciones

KAMMERER, Pierre (traducción GREGO)

parentales que les han faltado... a riesgo de provocarlos violentamente o de ignorarlos con insistencia.

Hay otro padre, el **padre por venir**, que el adolescente habrá construido en sí mismo construyéndose como sujeto, o el que no construirá jamás.

No se trata de ignorar a los padres reales de los adolescentes, entre otras cosas porque la fidelidad que tienen hacia sus padres es generalmente proporcional a la fragilidad parental o al rechazo del que fueron objeto. Raramente pueden dejarlos antes de haberlos construido en ellos mismos.

Pero qué hacer con estas imagos internas enloquecedoras o deprimentes, con estas instancias crueles instaladas ahora en su cabeza y que los hacen fracasar? Qué hacer con esos escenarios fantasmáticos que ponen en acto mediante la violencia?

Organizarse para prevenir estos actos y retomarlos por la palabra según dispositivos relacionales pensados para esto. Ya que el desafío es el de dar a estos jóvenes las capacidades personales para sus transformaciones internas, es necesario, evidentemente, tener una mirada terapéutica. Pero ya que estos jóvenes no responden a la definición de "buenas indicaciones" de psicoterapia, ya que piensan y verbalizan poco y repiten en acto más que recuerdan o interrogan su mundo imaginario, el lugar del psicoanalista está más allá que detrás diván.

Debe haber, para el equipo de profesionales, garantía de posibilidades de pensar la práctica. Es el referente privilegiado de la elaboración del dispositivo clínico de la institución. Los adultos, no menos que los adolescentes, no podrán salir de sus episodios violentos sin que sus relaciones no estén mediatizadas por un encuadre tercero que haga ley a uno y otros.

La violencia es una esclavización para aquel que está habitado por ella y, para su entorno; es más molesta que muchos síntomas. Ella solidifica la relación de manera mucho más directa, ya que da a ver, escandaliza y convoca a responder o a huir.

Cuando los posicionamientos educativos en lo cotidiano son justos y las prohibiciones respetuosamente ubicadas, cuando la ley simbólica está correctamente representada por reglas de vida que garantizan protección, placer, éxito, firmeza y libertad... entonces los adolescentes violentos comienzan a preguntarse por qué maltratan los lazos que tejen. En tanto el encuadre de vida permanece tan incoherente, mórbido o traumático como lo han sido las relaciones familiares de ayer, no podrán jamás tener deseos de curarse.

Precisamos desarrollos conceptuales sobre los cuales hacer reposar dispositivos que ofrezcan a los adultos mayor serenidad ante los comportamientos violentos ya que, una vez pasada la tormenta, es posible hacer algo más que castigar o excluir. Estos conceptos son los que ha forjado el psicoanálisis para los problemas del narcisismo y los traumas psíquicos.

Capítulo 1. La deuda de vida como ética de una clínica educativa y curativa.

Los pequeños humanos experimentan rápidamente el sentimiento de que aquellos que le han dado la vida han contraído una deuda con ellos. Eso que le deben, los psicoanalistas lo llaman **deuda de vida**: al dar la vida biológica, los padres se han comprometido a darle a su hijo suficiente solicitud, límites y prohibiciones para que se humanice. Enseguida, le transmitirán el "saber hacer" necesario para encontrar su lugar en el intercambio social. Le habrán permitido asimismo, diferenciarse y separarse de ellos. Cuando los padres

biológicos no pueden pagar esta deuda, son perfectamente sustituibles por otros adultos, en ciertas condiciones. Es necesario que respeten la parte de la deuda de vida ya dada por los padres biológicos.

Para el sujeto, el íntimo sentimiento de que aquello que debía serle pagado, lo ha sido (y que aquello que no lo ha sido no lo será jamás) marca el acceso a la edad adulta y testimonia la capacidad de comprometerse , a su vez, en una procreación responsable. La construcción de este sentimiento se hace por una gran parte, en forma inconciente. Desde la concepción, la transmisión de la vida se desarrolla bajo la acción incontrolada del inconciente de los padres. Una deuda de vida inconciente encadena los sujetos a sus padres y a sus ascendientes. El reconocimiento de esta deuda es la primer condición de la aptitud para transmitir la vida.

Disponer del sentimiento de que aquello que se les debe para ser plenamente un hombre o una mujer les ha sido bien transmitido según tres parámetros: la calidad de los lazos establecidos en los registros conciente e inconciente con aquellos que han tenido las funciones parentales hacia el niño; la manera como el sujeto ha aceptado que no debía esperar ya más y como los padres han asumido que no había ya más para dar (el momento determinante, para el pago de la deuda de vida, es el o los momentos en que los padres dejan de hacerse cargo); y finalmente, la manera en que el sujeto, en su más íntima intimidad, ha interpretado los hechos, los gestos y los dichos de sus padres (ya que el sentimiento de que esta deuda ha sido saldada corresponde a una operación totalmente subjetiva y en parte inconciente, sin equivalencia con la manera real en que el sujeto ha sido educado, pero más bien ligada con las fantasmáticas parentales e incluso transgeneracionales)

Cuando un sujeto está íntimamente convencido de que aquello que le debía haber sido dado no lo ha sido, experimenta un sentimiento doloroso de inacabamiento e incapacidad personal. Para intentar poner fin a este sufrimiento puede organizarse de diferentes maneras.

Puede instalarse en el fantasma de que llegará a reencontrar a aquellos que permanecen depositarios de una deuda relativa a él, y que llegará a hacerlos pagar lo que aún deben. Aquellos que le deben ya no son los padres reales. Son todos aquellos sobre los cuales desplaza su imagen, a los que les presta una función de padres. Este escenario fantasmático podrá conducirlo a reconstruir en el otro una deuda a su nombre, a asegurarse de que alguien, en algún lugar, tiene una deuda con él. Y así, obligar a otro a pagar por él y a permanecer en deuda. Este sujeto no puede reembolsar sus propias deudas más que bajo la condición de contraer nuevas, ya que, si ya nadie tiene el deber de pagar por él, se sentirá de nuevo traicionado o fuera de filiación. Es por lo cual, por paradójal que parezca, si debo algo a alguien, para mi inconciente, habré obtenido que éste reconozca su deuda a mi nombre.

No hay sujeto socializado y humanizado más que si dos deudas son asumidas: una frente a su comunidad, la otra frente a su filiación.

Deuda frente a su comunidad por una parte, ya que la reciprocidad que funda el lazo social se apoya sobre la capacidad de reconocerse portador de una deuda a nombre de su grupo. No hay don sin reciprocidad. Según Marcel Mauss, un jefe no puede tener autoridad sobre su grupo más que si prueba -además de su capacidad para ganar guerras y amasar fortunas-su capacidad para redistribuirlas. Pero reciprocamente, un jefe, un clan, un anfitrión, si ellos no pueden descuidarse de dar o de invitar, no pueden tampoco rechazar recibir o contraer alianza. Rechazar el tomar o recibir, es rechazar la comunión. En estas

sociedades como en las nuestras, el lazo social necesita que cada uno reconozca la obligación hacia otro y se comprometa en pagar a su vez.

No hay sujeto humanizado sin deuda, por otra parte, en la filiación: simplemente porque las generaciones sólo se suceden transmitiéndose una deuda, la de tener que humanizar la vida que no ha sido dada a cada recién nacido más que bajo su forma biológica; masa de carne y pulsiones desordenadas.

Si los humanos no vienen a humanizar esta vida biológica, entonces ocurre el autismo o bien la psicosis. Si el niño es recogido por lobos, se vuelve un niño-lobo, como ya ha sido descrito: el solo programa genético es incapaz de humanizar la vida. **La humanización requiere de un entorno humano, animado por el sentimiento de una deuda que debe pagarse.**

La deuda simbólica es lo que los humanos deben a la vida para que esta vida se transmita bajo su forma humanizada, de generación en generación.

De qué está constituida esta deuda de vida?

Una parte viene de la función materna, otra de la función paterna y lo esencial viene de las funciones parentales conjuntas.

La función-madre: después del naufragio del nacimiento, la madre se presta al salvataje del niño; en su seno y sus brazos, ella constituye el espacio de una nueva nidación. Procura asimismo, un sentimiento de apaciguamiento, de calma, de seguridad y completud, con total disponibilidad hacia su hijo. Poco a poco introduce una distancia, ya no es el cuerpo a cuerpo que significa el lazo que los une sino los objetos que ella le deja y que portan su olor, y son las vocalizaciones que intercambian. En esta separación que abre, la madre introduce personajes terceros, entre los primeros generalmente, el padre del niño. No importa quien puede hacer un buen "personaje tercero", en condiciones bien precisas. Hace falta que haya dado pruebas de su amor y de su interés a la madre y al niño. Hace falta que él ose arriesgarse en la función tercera. Y esto dependerá de la calidad de los propios personajes de la infancia. Hace falta finalmente que la madre también crea en él, y esto dependerá de las experiencias de su infancia.

En cuanto al padre, si propone su apoyo, no es para tenerlo como la madre podría hacerlo. El va a permitir al niño sentir que, por fuera de la presencia materna, no hay un vacío ni una caída que lo esperan. Por fuera de la madre, hay alguien, diferente, que va a hacerle vivir emociones diferentes y cerca del cual va a percibirse igualmente valioso y que puede entonces sin temor separarse de su madre. Ahora, el va a sentir deseo y va a desear con su padre, pero de otra manera, solicitado de otra forma por un padre. Esto trazará la vía hacia próximos terceros, diferentes entonces, que se introducirán entre sus padres y él: las institutrices, animadores del jardín maternal, y es así que **a fuerza de estar investido y de desear de manera diferente "para" los unos y "para" los otros, aprenderá a desear según sus propios deseos y aún contra los unos y a pesar de los otros.**

La función-padre es una función de trampolín: la ley sirve para lanzar al niño en la vida social. Esto supone que el padre tenga su lugar, él, en la vida social; a través de su trabajo, sus amigos, como militante o incluso como delincuente jugando contra las reglas de un juego social que estima injustas, pero es necesario que sea actor.

Las funciones parentales conjuntas van a permitir que el niño o la niña puedan soñar que un día el o ella vivirán una relación amorosa completa e ideal, con cada uno de sus padres, al precio de disgustar y rivalizar con el otro. Hace falta que esto dure bastante. Y hará falta que él o ella renuncie a su proyecto para que, rico de este imaginario amoroso e

impedido para siempre de toda realización incestuosa, él o ella pueda partir hacia verdaderas parejas amorosas, encontradas en el exterior de su familia.

Así, los padres le darán a su hijo los medios para liberarse de ellos y para inscribirse en el intercambio social. En otros lugares, esto consiste en aprender la pesca, la caza, el trabajo de la tierra y entre nosotros pasa sobretudo por el aprendizaje escolar.

El más fecundo de los dones provenientes de los padres, es el de su falta, el de su imposibilidad y el de su rechazo a darlo todo. Es una manera de enviar al hijo a la conquista de lo que aún le falta. Hay objetos que no pueden ser más que objetos de conquista, no pueden ser aportados por los padres. Esta falta es la condición humana y es también la fuente del deseo de cada uno.

Por qué nombrar a este proceso "deuda de vida"? Simplemente porque es la palabra "deuda" la que emplean los pacientes cuando descubren que su vida no ha cesado de estar gobernada por el sentimiento de que algo irreemplazable, que alguien se había comprometido a pagar, no lo ha sido: como una palabra dada y ridiculizada, como una promesa no considerada vital y que se le debe siempre. El sentimiento inconciente de que la deuda de vida no les ha sido pagada y de que se corre el riesgo de no serlo nunca, va a gobernar, a su vez, toda una parte de sus relaciones. Va a gobernar la estima que ellos tienen de ellos mismos. Va a gobernar también su relación con la ley: ésta ha sido ridiculizada por aquellos que tenían que representarla y se les aparece bien poco respetable. Respetarla les parece un acto de cobardía. Ante esta ley, hacerse delincuente puede representar un llamado a una ley más respetable. La misma relación establecen con la verdad, ya que ésta se trata de una palabra dada. Ya que para ellos la palabra dada no fue sostenida, se sentirán bien poco comprometidos por su palabra. Se los encontrará mentirosos.

Su relación con el dinero será compleja, en particular con la deuda de dinero. Su mandato fantasmático generará comportamientos de robo o endeudamiento. Esto dominará la relación con sus amigos, con ciertos servicios sociales y con su analista, durante algunas fases de la cura.

Cuando se es un niño no se tiene el medio real de ir al encuentro de aquello que falta, a la conquista de lo que sea. Entonces, el sujeto utiliza el recurso de fantasmaticar una solución milagrosa, que suele ser, que el otro pague, que es el otro el que debe y que debe forzarse a que pague. Es la necesidad de que el otro sostenga su promesa.

Capítulo 2. La violencia como respuesta al desfallecimiento de los primeros vínculos

Freud relacionó la agresividad con la pulsión de muerte y mostró su parte emergente: la pulsión de muerte trabaja generalmente en silencio, pero por momentos emerge y opera mostrando su destructividad; es la agresividad. Y la consideró como universal. Existe, en el ser humano, una tendencia a matar contra la cual toda sociedad erige el tabú del asesinato, tabú fácilmente trasgredido, sobretudo en situaciones de guerra, venganza, de "honor", etc. Freud supone un período histórico, el de la **Horda primitiva**, en el cual la violencia tiene un lugar particular: el padre arcaico habría sido poseedor de todas las mujeres, castrando a los hijos rivales. Por lo cual, éstos habrían matado a este padre primitivo. Luego, bajo el peso de la culpa, le habrían levantado un culto. Por la preocupación de que este acto no se reproduzca más, los hombres habrían instaurado la exogamia, el reparto de mujeres y habrían erigido

instituciones que permiten hacer reinar la paz en el grupo social. Esta preocupación de hacer reinar la paz social está en el corazón de todos los mecanismos de regulación de la violencia. Cuando la comunidad siente la necesidad de darse a sí misma una cohesión o purificar las representaciones que tiene de sí misma organiza una "categoría sacrificable" que puede componerse por pequeños delincuentes, prostitutas, toxicómanos u otros. A veces, estas personas marginales son sacrificadas de maneras violentas (holocaustos, expulsiones de extranjeros, esterilizaciones, etc.). Los "excluidos" son nuestra categoría sacrificable.

Freud tematiza la pulsión de muerte, thanatos, que tiende a la destructividad y al retorno a un estado de no tensión, el nirvana. Para contrabalancear, está eros, y ambas forman parte de las pulsiones humanas. En su funcionamiento ambas están ligadas. Agresividad y violencia no son avatares infelices de nuestra vida personal o social. Así, las pulsiones de amor se apoyan sobre una cierta posesividad en relación a la persona que se ama. Una cierta agresividad participa de toda relación de amor.

De la violencia fundamental a la agresividad no ligada

La violencia fundamental protegería la vida del individuo cuando ésta se ve amenazada. Se trataría de un instinto, comparable al instinto de vida del animal. Sería anterior al sistema de pulsiones y no implicaría el odio. La violencia fundamental participa entonces del instinto de conservación y constituye el recurso vital y por ello aceptable, en todas las situaciones de guerra y de legítima defensa. (Bergeret)

Son los rechazos sucesivos y la imposibilidad del medio de contener y de integrar la agresividad de la tendencia antisocial los que organizan la psicopatía. Diatkine prefiere referir "momentos psicopáticos" en la anamnesis del niño. Este autor concluye que la psicopatía es el resultado de un proceso. Los casos de psicopatía constatados no encontraron posibilidad alguna de tratamiento, o fueron tolerados en una institución amorfa donde ningún contacto verdadero se produjo, o mantuvieron una relación terapéutica que llevaba a agresiones que provocaban la ruptura, o bien la familia interrumpía el tratamiento cuando un cambio se presentaba.

Tales conclusiones llevan a crear alrededor del adolescente violento un entorno susceptible de contener e integrar su agresividad, en tanto se lo conduce a elaborar. Todos los autores tienen en cuenta la incidencia del entorno social. Consideran que la psicopatía es una desorganización del funcionamiento mental relativo a las fallas en las primeras relaciones que el niño haya podido tener. No se considera ya a la violencia como una manifestación del principio de placer. Se la percibe como la descarga de una tensión tan fuerte que es incontenible a partir del instante en que es experimentada.

Bien diferente es la violencia desubjetivante. Pasa por la afirmación de un yo individual y colectivo "purificado": sexista cuando se trata de violación, racista, fascista o etnicista en situaciones de lucha de clase, de purificaciones étnicas o de genocidios. La persona sobre la que recae la violencia ya no es reconocida como perteneciente a la especie humana; ante ella las exigencias de la cultura se borran. Se levantan los tabúes de los muertos, de predación y de violación que sólo se vuelven respetables para el agresor entre las personas

del mismo grupo de pertenencia. Se cosifica al otro, se le retira el valor de semejante y se nutre la ausencia de empatía con él. Esta violencia se desarrolla generalmente en grupo; el alcohol o la droga pueden facilitarla y se apoya generalmente en un discurso ideológico.

En aquellos que han debido soportar una violencia desubjetivante, manifiesta o difusa, desde una edad precoz, la violencia puede despertarse. Resurgirá en situaciones que reactivan las angustias asociadas a experiencias de denarcisización ya que el basamento narcisístico del sujeto ha quedado gravemente fallado. Pesa en él el sentimiento de no ser reconocido, una amenaza a su identidad, sobre su imagen tanto social como personal e interior negativamente establecida. Estos sujetos profundamente desnarcisizados han sufrido maltratos verbales o físicos, ingerencias en su intimidad o incluso dimisiones parentales. Han experimentado la vivencia de ser desechos que no tendrían que haber nacido jamás. Cuentan con una autoestima muy frágil y un funcionamiento en el cual el superyo es arcaico y severo, con un yo demasiado débil para jugar un papel de regulador. El sentimiento de culpabilidad es inconciente ya que es demasiado pesado para poder encararse concientemente. No tienen acceso a este sentimiento pero sin embargo, cometen sus actos delictivos bajo un inmenso sentimiento de culpabilidad. Si su superyo los empuja a trasgredir es para experimentar un sentimiento de omnipotencia. Momentáneamente, la violencia evacúa la angustia, el riesgo de depresión y la idea misma de culpabilidad. Cometen una falta real, hoy, para poder pagar una falta imaginaria, supuestamente cometida ayer, según los fantasmas del sujeto.

A menudo encontré, en los hogares o centros de readaptación social, que ante una situación angustiante, el pasaje al acto violento se vuelve un recurso casi obligado para muchos jóvenes. Desinvirtiendo o escapando al pensamiento, ponen el cuerpo para resistir a lo insoportable o para no saber nada de ello. El cuerpo en movimiento, sobreinvestido, les permite mantener a distancia todo sentimiento de pasividad. En estas situaciones, su agresividad se desliga de las pulsiones de amor y, revelando su poder destructor, les permite salvaguardar un mínimo de narcisismo. La violencia a la que asistimos no es un síntoma en sentido estricto, ya que el pasaje al acto signa la imposibilidad de elaborar un síntoma.

Capítulo 9. Lev simbólica y pacto social

Las instituciones que se proponen integrar a las personas a través de leyes equitativas, inevitablemente frustrantes y sin embargo protectoras, no son independientes del discurso ideológico que domina a la sociedad. Nacidas bajo la República, no son independientes de la evolución del modelo republicano de integración

Mi itinerario me lleva a trabajar de manera dual en la cura analítica y me ha llevado a construir, en los lugares donde viven ciertos pacientes, un encuadre y un contexto relacional que producen efectos de estructuración psíquica. Son los dispositivos clínicos de la institución que deben permitir el desarrollo, entre pacientes y "curadores", de juegos relacionales nuevos y correctores de experiencias traumáticas anteriores. Los pacientes verán una solicitud y un interés real que les ha faltado, y también las prohibiciones que imponen y permiten la humanización pulsional.

Las prohibiciones estructurantes (la ley simbólica), el niño las integra en principio, en su familia. Y la institución que releva a esta familia las ofrece a su vez como si ésta no hubiese sabido presentárselas al niño. Pero la segunda función de la institución es la de garantizar a quien consiente en realizar renunciamentos pulsionales, satisfacciones de un nivel más alto. Estas mismas pulsiones deben poder satisfacerse en nuevas realizaciones de deseos, lícitas esta vez. Esto es lo que se llama sublimación o humanización de las pulsiones. Esto hace que la institución garantice al sujeto mayor consideración, mayor poder sobre su propia vida. Una institución de cura que demande renunciamentos y sublimaciones pulsionales sin ofrecer, como contraparte, el reconocimiento y los medios para una autonomía creadora nueva, no obtendrá lo que espera. Los pacientes se rehusarán a integrar la Ley que se vuelve así, promotora de nada.

Un modelo de inserción social, para sostener la humanización, debe ofrecer reglas de juego, leyes e ideales que sean largamente introducidos por la ley simbólica: leyes que confirmen al sujeto humano su respeto ante las prohibiciones, leyes que le hagan escapar al riesgo de la descarga pulsional bruta, perversa y degradante. Este modelo de inserción debe gratificarse con nuevos derechos y nuevos medios para vivir su vida, sus amores, y transmitir la vida. Así, se les dará el medio para la realización personal y una función social, allí donde viven.

Cada uno vivirá esta inserción en diversas dimensiones: nacional, regional, asociativa, religiosa, familiar, etc. El sujeto podrá manifestarse a partir de modos que incluyan múltiples pertenencias y que sean no alienantes, ya que ellas no serán definitivas, terminadas, irreversibles.

Estas pertenencias permanecerán siendo plurales, evolutivas, soporte de lazos que integren los encuentros y las ausencias. El sujeto será el regulador de eventuales conflictos entre estas diversas pertenencias. A través de ellas negociará sus solidaridades sociales o familiares y experimentará, cada mañana, el sentimiento de su identidad cambiante. Estas pertenencias negociadas, dado que aportan solidaridades mutuas, no se transformarán en pertenencias fusionales, agobiantes y reductoras de diferencias personales.